



GIORGIO OLDRINI *¡MALDITA PELOTA!*

Traducido por Elizabeth Delgado y Génesis Montiel
en colaboración con Mylene Fernández

Giorgio Oldrini (Milán 1946), ex alcalde de la ciudad de Sesto San Giovanni. Como periodista fue corresponsal en Cuba para el diario *L'Unità*. Este relato pertenece a su último libro, que se titula *C'era una volta in America Latina* (2019).

Siempre había pensado que “meciéndose en un sillón, leyendo un buen libro y fumando un Cohiba se podía esperar con cierta serenidad el fin del mundo”. Y mientras se balanceaba en la enorme terraza, en el piso superior de la calle 11 del Vedado, Emilto de vez en cuando reflexionaba sobre su vida. Había sido un hombre rico antes de la Revolución, dueño de terrenos y de casas en La Habana y sus alrededores. Su familia, españoles emigrados a la Isla, había acumulado una discreta riqueza que él había heredado e incrementado. Había sido siempre un hombre tranquilo y prudente, en los gastos y en las inversiones.

Su casa ocupaba todo el piso superior de un edificio de tres pisos en una zona céntrica, pero tranquila de la capital. Desde su terraza, que daba la vuelta al edificio, podía observar todo lo que sucedía en la calle. Los niños que jugaban a los cogidos, la mamá de Orlando que todas las tardes alrededor de las seis se asomaba al balcón llamando a gritos a su hijo para que regresara a bañarse. “Responde Orlandito, responde rápido”, susurraba Emilto mientras alzaba los ojos del libro que estaba leyendo, molesto por ese prolongado grito. Conocía y controlaba todos los amoríos de los vecinos, intuía si se habían formado parejas más o menos clandestinas. Por la tarde, observaba el desfile que se dirigía a la clínica del veterinario Caiñas, que estaba a la vuelta de la esquina. Pero en realidad el gran espectáculo se ofrecía el domingo por la tarde, cuando por su calle desfilaban los asistentes a la misa de la iglesia de Línea, los ricos de un tiempo que se habían quedado en Cuba. Pasaban en sus Buick y Studebaker de los años 50, sacados a la calle solo para esta ocasión. Parejas detenidas en el tiempo, señoras con los velos y las gafas en forma de corazón, señores con el sombrero y el traje a rayas. También esos vestidos, como los carros americanos, regresaban a la luz solo el domingo, para ir a la misa. Una especie de ceremonia del reencuentro de una clase social desaparecida por décadas y que durante el resto de la semana vivía en una especie de mundo submarino. *Los sobrevivientes* los había llamado en una de sus películas bellas y macabras, Tomas Gutiérrez Alea. Esas tardes de domingo parecía que el calendario se hubiera detenido en 1958 y Emilto, espectador de aquella procesión obsoleta, sonreía, porque conocía todos esos protagonistas de la Cuba de un tiempo. Habían sido parte de su mundo. Algunas veces, con malicia y melancolía, recordaba las ausencias y las viudeces. Su piso estaba a dos pasos de los grandes hoteles, el Riviera, el Capri y el Nacional, en un tiempo reinos de la mafia, y también del Habana Hilton, cerca de los casinos y de los night club, en los cuales nunca había puesto un pie. ¿Por qué botar el dinero en una ruleta que te los iba hacer perder de todas formas?

Vivía a pocos minutos a pie del Malecón, el paseo marítimo donde todas las noches se daban cita las parejas para enamorarse y coquetear, o sencillamente se encontraban



aquellos que querían conversar con desconocidos y que casi inmediatamente se hacían amigos. También se veían en el largo muro, los soñadores que miraban el agua inmensa y oscura que a menudo se rompía en los escollos, a pocos metros bajo sus pies.

Algunas veces también Emilito se dirigía hacia el Malecón para contemplar el mar, aunque a menudo le venían a la mente las palabras que cantaba Farah María, “Yo no me baño en el Malecón porque en el agua hay un tiburón”. Y mirando los sensuales movimientos de la cantante, Emilito se preguntaba cuál de los tiburones quería evitar la bella Farah, pues según “Radio Bemba”—el tam tam de los cubanos—ella era la amante de un importantísimo personaje político. No obstante, la advertencia sensual de Farah María y las órdenes severas de sus padres, a menudo los niños atravesaban esa barrera de rocas y se bañaban en el mar, desafiando los tiburones.

Emilito era muy prudente a la hora de gastar su dinero, y sus amigos discutían si su legendaria parsimonia había sido una de las razones por las cuales se había casado con Rosa, una bella mujer de origen libanés y ojos claros, o si la avaricia atribuida a esa comunidad de inmigrantes del Medio Oriente, transformados en comerciantes en Cuba, había acentuado su propensión al ahorro. “Sí”, decían los vecinos, “porque los libaneses son de verdad hombres de negocios y tacaños”, y recordaban el chiste del niño cubano-libanés a quien, en primer grado la maestra le preguntaba: “Pepito ¿Cuánto es uno más uno?”. Y el pequeño respondía “Disculpe, maestra ¿Para vender o para comprar?”.

En cambio, él repetía que su matrimonio con Rosa había sido un matrimonio por amor. Cuando la conoció, él era un buen muchacho, guapo, alto y robusto y el diminutivo Emilito había nacido como una especie de broma de los amigos, para rebautizar con ironía ese joven, más grande y fuerte que la media de los cubanos de origen español. “Si no fuera tan vago, siempre leyendo libros y periódicos, tendría el físico justo para convertirse en un buen jugador de baloncesto”, recriminaban los compañeros del bachillerato. Sin embargo, Emilito prefería leer y conquistar las chicas, tal vez mencionando algún verso de poesías de amor, en vez de sudar en el campo de juego. Aunque el deporte le gustaba, sobre todo la pelota, el béisbol, que en Cuba era el más popular. Pero era un aficionado ‘sentado’ e iba a menudo a ver los partidos al estadio o los miraba gracias al televisor, ya que él había sido uno de los primeros en comprarlo en La Habana. Le gustaba la pelota porque en el fondo ese juego estaba basado en números y observaciones muy sutiles, se necesitaba entender la curva de la bola, deducir la fuerza del bateador y estudiar los porcentajes de éxito o fracaso de cada pelotero.

Cuando estaba al terminar la universidad, había conocido a Rosa, una chica esbelta de ojos azules, hija de libaneses que habían llegado a Cuba a inicios de 1900 y tenían una tienda de frutas y vegetales cerca de su casa. Él la había notado pasando delante de la tienda y en un momento dado la había invitado a dar un paseo. Después, una noche en el Malecón, ella se había presentado con Elsa, la hermana más joven. “Porque los cubanos, se sabe cómo son, apasionados. Mejor que haya alguien que supervise esos dos”, había decidido el padre de ella, quien quería proteger la virtud de la muchacha, pero también había calculado el capital de la familia de Emilito y decidido que ese iba ser el marido ideal para su Rosa. Después de muchas noches castamente sentados en el muro, al final los novios habían podido besarse mirando el océano, no sin antes comprar a la hermanita con un helado que ella tenía que ir a buscar un poquito más allá de donde ellos estaban.

Después de un año de cortejo y de un noviazgo oficial, Rosa y Emilito se habían casado y habían ido a vivir en ese gran apartamento de la calle 11. Pero de alguna manera, casándose con Rosa, Emilito había también ahorrado, porque junto con ella había traído a casa también a Elsa, la hermana menor, solterona no obstante su poca edad, feíta y un poco encorvada de espaldas, pero muy devota a los esposos. “Demasiado devota”, murmuraban aquellos que sospechaban una especie de matrimonio a tres, con Emilito en el



papel de Pasha, rodeado de sus dos mujeres. Que, por lo que se veía y se sentía, de hecho, lo servían y lo reverenciaban como a un verdadero pasha. “Ese pagó por una y se llevó dos” decían los vecinos, repitiendo el eslogan de un supermercado. “Por otra parte las chicas son árabes y se sabe que en esos países la bigamia es la regla, no es escandaloso como aquí”.

Después, había triunfado la Revolución de Fidel y los bienes de Emilito, como los de muchas otras personas, fueron expropiados. Le habían dejado ese gran apartamento con la terraza en la calle 11, con todos los objetos preciosos que había acumulado en el transcurso de los años. Para él, por supuesto, había sido un golpe muy duro. Había construido un patrimonio considerable, apartamentos, terrenos, tiendas, siempre pensando que, en un futuro cercano, digamos un par de años, habría hecho un viaje, quizás a España, de donde había llegado su padre. O al Líbano, para llevar a Rosa, y por supuesto también a Elsa, a visitar la tierra de origen de su familia. En cambio, ahora le habían quitado todo, excepto la casa con aquello que contenía. Él sintió un gran dolor. Una vida de ahorros y de administración sensata, se desvanecía en el aire, y el futuro ya no estaba hecho de proyectos de viajes a la madre patria sino de incertidumbres.

Muchos de sus conocidos adinerados se habían ido a Miami o España. “A fin de cuentas la Revolución durará pocos meses, los americanos nunca permitirán que aquí, debajo de sus narices, en el mismo patio de su casa, se instaure un gobierno enemigo. Incluso comunista” decían. “Mientras tanto nos vamos de vacaciones para estar seguros, llevándonos con nosotros por prudencia un poco de plata y joyas” le explicaban. Pero él, Emilito, no. “Si dura pocos meses, irse es inútil. Y si en cambio dura más de lo esperado yo soy cubano y aquí me quedo. Mejor un gobierno que no me gusta en mi casa, que perder mi país, mi casa y no poder siquiera ir al cementerio para saludar de vez en cuando a mis padres” respondía a los que querían convencerlo para irse. Y se había quedado, en su bonita mansión, con Rosa y Elsa.

Un día había tocado a su puerta, Ana, la responsable del Comité de Defensa de la Revolución del barrio. “Emilito, los del Ministerio de Economía le quieren hablar. ¿Puede ir mañana?”. Él, curioso y un poco atemorizado, había recorrido la Avenida de los Presidentes y había llegado a la oficina que Ana le había indicado. Detrás del escritorio, el compañero Álvarez lo había recibido con una cordial indiferencia. “Sabemos que tú eras un capitalista antes de la Revolución y sé muy bien que no has apreciado las expropiaciones. Pero hemos valorado mucho tu decisión de quedarte aquí. Y sabemos que lo has hecho por patriotismo, por cubanía, a pesar de que no compartes las ideas de la Revolución. Pero necesitamos personas competentes y te pedimos y ofrecemos que continúes ocupándote de aquellas que eran tus propiedades, esta vez como administrador. Tendrás un sueldo y respetaremos tu neutralidad”.

Así Emilito había dirigido durante muchos años, en nombre de la Revolución las propiedades de las que esta lo había despojado. Nadie le pedía que participara en manifestaciones o reuniones, pero su trabajo era muy apreciado. Conocía sus tierras y sabía como hacerlas prosperar. De vez en cuando lamentaba no ser aun el dueño, pero cuando la nostalgia le venía, se sentaba en su sillón, con un libro en una mano y el Cohiba en la otra, a esperar el fin del mundo. O al menos, la jubilación.

Cuando entregó su cargo a un joven graduado en economía, todos lo abrazaron, y hasta le hicieron un regalito. Incluso el secretario del Partido comunista de la zona había estado presente y le había agradecido por esos años de excelente trabajo. “Un verdadero cubano” lo había definido en el discurso final. Había regresado a casa conmovido. Rosa y Elsa estaban siempre allí para mirarlo como el primer día de ese matrimonio a tres, y él ahora tenía todo el tiempo del mundo para balancearse, leer algunos de los cientos de libros que había almacenado durante décadas y fumar. Y para ver la pelota en la tele.



Tenía solo una nueva tarea. Había sido siempre una petición de Ana. “Emilito, tú sabes que el agua llega dos veces al día, y visto que ahora estas jubilado y no tienes mucho que hacer, queremos que te encargues de encender el motor cuando sientas que llega el agua, para llenar los tanques que tenemos en el techo. Así nosotros que trabajamos y estamos muchas horas fuera de la casa, cuando regresemos podremos bañarnos o cocinar, aunque ya no tengamos el agua del acueducto”. A fin de cuentas, esta tarea significaba un reconocimiento a su seriedad y él había aceptado con mucho gusto el voto de confianza.

Por la tarde, cuando los habitantes del edificio regresaban del trabajo, se paraban frente a la terraza donde Emilito se balanceaba. “Llegó el agua?” “Si, todo en su lugar”. Excepto cuando, escondiéndose detrás de las columnas de humo de su Cohiba o de las páginas del libro de turno, admitía. “Si, pero es que justo en ese momento estaba la pelota en la tele, y era el inning decisivo”. Así que, nada de ducha esa noche en el edificio de la calle 11. Maldita la pelota y maldito Emilito.